

# LA TRIPLE ALIANZA

## PRIMERA COALICIÓN INTERNACIONAL DE AMÉRICA

Teniente Coronel (R) Claudio Morales Gorleri, Ejército Argentino

---

**C**UANDO en América del Norte, la Unión había logrado la victoria sobre la Confederación en la guerra más sangrienta de la historia de este lado del planeta, en el sur del continente se iniciaba la que ostentaría el mismo calificativo en América del Sur.

Para algunos historiadores argentinos y paraguayos existe una conexión entre ambos conflictos sucesivos. Según esta corriente historiográfica, la escasez de algodón en Inglaterra, provocada por la suspensión de exportaciones de los estados sureños norteamericanos, generó el interés británico por el algodón del Paraguay. Como el gobierno de este país ejercía un fuerte control de sus cosechas, productos y mercados, era conveniente propiciar su destitución y promover así la libertad de comercio que les hubiese convenido.

Tal hipótesis es extremadamente difícil de demostrar, sobre todo teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos que culminaron con la destrucción no sólo de la actividad algodonera paraguaya sino con el Paraguay mismo.

A mi modo de ver, el conflicto que llevó a la creación de la Triple Alianza y a la guerra entre 1865 y 1870 fue fundamentalmente ideológico. Dos cosmovisiones se enfrentaron en las gestiones diplomáticas y posteriormente en la guerra. Una de ellas relacionada con el liberalismo económico que intentaba conformar un sistema de libre mercado entre las naciones más poderosas de Sudamérica: Argentina y Brasil, con el respaldo del partido Colorado de la República Oriental del Uruguay.

He enfatizado “liberalismo económico” ya que sería incomprensible entender sólo liberalismo, cuando la esclavitud tenía vigencia en el Brasil.

Es de destacar acá que en la República Argentina existía una fuerte corriente opositora al liberalismo del presidente, general Bartolomé Mitre. Hombres destacados de Buenos Aires y del interior del país, como José Hernández, autor luego del “Martín Fierro” o su hermano Rafael, los poetas Andrade, Guido y Spano y hasta el propio Juan Bautista Alberdi, autor de las “Bases” que dieron origen a la Constitución Nacional, criticaban con tenacidad la política exterior aliancista del país.

Por otro lado la república paraguaya y el partido Blanco que estaba en el poder en el Uruguay, se identificaban con un sistema conservador que había logrado un desarrollo industrial y militar prominente en el Paraguay. Los tabacales y yerbales de este país abastecían el sur de América, las maderas se exportaban a Europa, fabricaban cañones y armas largas y dispusieron del primer ferrocarril y del primer telégrafo en Sudamérica. Construyeron buques acorazados en Europa para la navegación fluvial y se hizo adiestrar en París a los oficiales paraguayos.

Con la acumulación de riquezas tenían una sólida y favorable balanza comercial, lo que les permitió disponer de un ejército permanente de 18.000 hombres y una reserva de 40.000.

En abril de 1863, el general uruguayo Venancio Flores desembarcó en territorio de su país acompañado por un

***Dos cosmovisiones se enfrentaron en las gestiones diplomáticas y posteriormente en la guerra. Una de ellas relacionada con el liberalismo económico que intentaba conformar un sistema de libre mercado entre las naciones más poderosas de Sudamérica: Argentina y Brasil, con el respaldo del partido Colorado de la República Oriental del Uruguay.***

grupo de seguidores del partido Colorado. Intentaba recuperar la presidencia de la República Oriental perdida en la revolución de los Blancos de 1854, que gobernaban el Uruguay desde entonces con el doctor Berro como Presidente.

Flores logró reunir alrededor de cuatrocientos hombres, entre los cuales había un buen número de hacendados brasileños de Río Grande.

El presidente Berro y la prensa de Montevideo se quejaban ante el gobierno de Mitre acusándolo de apoyar la revuelta de Flores que fue sofocada al poco tiempo. Al presidente Berro lo sucedió Aguirre quien reclamó con mayor firmeza que el anterior por las políticas agresivas argentinas y brasileñas.

El emperador del Brasil, Pedro II, consideró los reclamos uruguayos como descomedidos y, ante la presión de la opinión pública, decidió enviar en misión especial ante el gobierno de Montevideo al consejero Saraiva.

El delegado brasileño llegó a Montevideo en mayo de 1864 entregando al presidente Aguirre una especie de ultimátum para que diese cumplimiento a las exigencias del Imperio.

La nota presentada por el consejero fue rechazada por el gobierno uruguayo y devuelta por inaceptable “pues no puede quedar en los archivos orientales”.

Saraiva, desde Buenos Aires remitía un ultimátum al presidente Aguirre intimándole a que en el plazo de 6 días diese cumplimiento a las satisfacciones exigidas por el gobierno imperial.

Pedro II ordenó que por tierra y agua se procediese a ejecutar represalias contra el Uruguay.

El gobierno oriental había acudido al presidente paraguayo Francisco Solano López con la finalidad de solicitarle apoyo, poniendo en ejecución así un compromiso anterior entre ambos gobiernos.

López dirigió el 30 de agosto al representante del Brasil en Asunción una enérgica nota en la que decía que “...el Gobierno de la República de Paraguay considerará cualquier ocupación del territorio oriental por fuerzas imperiales, como atentatorio del equilibrio de los Estados del Plata, que interesa a la República del Paraguay como garantía de su seguridad, paz y prosperidad; y que protesta del modo más solemne contra tal acto, desligándose desde ahora de toda responsabilidad por las consecuencias de la presente declaración.”

Brasil, sin prestar atención a la advertencia, lanzó sus

tropas desde la frontera de Río Grande hacia el territorio oriental. La respuesta paraguaya fue inmediata, apresando en el río Paraguay un vapor mercante de matrícula brasileña, el Marques de Olinda.

Mientras la invasión del imperio imponía en el poder uruguayo al general Flores, el mariscal López ordenaba la invasión del Mato Grosso, en territorio brasileño.

Por otro lado, López pedía explicaciones al gobierno argentino por su apoyo a la revolución encabezada por Flores en la Banda Oriental, las que fueron respondidas con amistosas y no convincentes explicaciones del presidente Mitre.

Las fronteras entre ambos contendientes comprendían territorios completamente despoblados, de terreno difícil con accidentes naturales importantes y sin vías de comunicación con puntos vitales del resto del país. Por consiguiente esas regiones inadaptables a operaciones militares fueron rápidamente desechadas.

La guerra así iniciada entre el Paraguay y el Brasil creaba una curiosa situación geopolítica, ya que ambos ejércitos, para invadir territorio enemigo debían cruzar la provincia argentina de Corrientes.

La República del Paraguay solicitó autorización al gobierno argentino para el tránsito de sus tropas por Corrientes la que fue denegada por el presidente Mitre.

A pesar de la negativa, López decidió efectuar el

paso por la provincia argentina para iniciar la invasión contra Brasil en Río Grande. Tal vez el asunto que decidió finalmente al presidente paraguayo haya sido la sospecha de la existencia de algún tratado secreto entre Argentina y Brasil para el reparto posterior del Paraguay y del Uruguay.

## La Alianza

Como habíamos dicho, fracasada la misión del consejero Saraiva, el Imperio inició contra el partido Blanco, en el gobierno uruguayo, una campaña por tierra y agua aliándose al general Flores, jefe de la revolución Colorada. El accionar paraguayo alarmó al Brasil que se encontraba en inferioridad de condiciones que el Paraguay, país sólidamente armado y situado a gran distancia de sus principales fuentes de recursos

El largo período de paz del que gozó el Imperio había inducido a su dirigencia a descreer de la utilidad de mantener una organización militar como salvaguarda

de los intereses nacionales. Esta misma razón era la que se materializaba en la extensión de la campaña en territorio uruguayo.

La opinión pública brasileña inculpaba seriamente al gobierno la imprevisión y reclamaban acciones inmediatas contra la agresión paraguaya en el Mato Grosso.

Resultaba imposible para Pedro II improvisar en poco tiempo el ejército que tendría que hacer frente a la amenaza inminente. De aquí la necesidad de buscar aliados. Por un lado, el apoyo del general Flores con el partido Colorado en el poder oriental era incondicional. Por el otro, la Argentina sintiéndose agredida por el avance paraguayo por una provincia suya, determinó que el gobierno de Mitre decidiese conformar una alianza con las otras dos naciones.

En realidad, ya desde el 11 de marzo se encontraba en Buenos Aires el nuevo consejero brasileño Francisco Octaviano de Almeida Rosa. Estudiaba, junto con el presidente Mitre y su canciller Elizalde, los términos de la Alianza. Esos estudios se iniciaron antes de la agresión paraguaya y mientras Montevideo se transformaba en la base de operaciones brasileñas. Su ejército, llegado de todos los rincones del Imperio contaba a principios de abril con 16.000 plazas, mientras que en el puerto y en la isla Martín García anclaba la escuadra del almirante imperial Tamandaré de 18 buques con 128 cañones.

Para el estudio del Tratado no asiste ningún delegado uruguayo, ni había necesidad. El acuerdo de Flores era incondicional a partir del apoyo armado brasileño.

Octaviano de Almeida Rosa, que era el artífice de la alianza, demoró la firma del Tratado hasta tanto no se cumpliera la agresión paraguaya.

El presidente Mitre logró la imagen de agredido y el Brasil intentaba neutralizar la interferencia inglesa para reducir sus pretensiones territoriales. Inglaterra quería una guerra limitada al sólo efecto de sacar a López del poder dejando en su lugar abogados y políticos que le asegurasen la transitabilidad de los ríos que el paraguayo le impedía. Pero no aceptaba una guerra que hiciese crecer al Brasil a expensas del Paraguay, ni cortase a éste futuros

consumidores de productos ingleses.

La firma solemne del Tratado de la Alianza se realizó el 1 de mayo, quince días después de que en Buenos Aires se recibió la noticia de la entrada de los paraguayos a Corrientes, oportunidad en la que el presidente Mitre ante manifestantes belicistas proclamó: “En 24 hs en los cuarteles, en quince días en Corrientes, en tres meses en Asunción”.

## Tratado de la Triple Alianza

*“El gobierno de la República Argentina, el Gobierno de S.M. el Emperador del Brasil y el Gobierno de la República Oriental del Uruguay.*

*El primero y el segundo, encontrándose en guerra con el Gobierno del Paraguay, por haberle sido declarada de hecho por este Gobierno, y el tercero en estado de hostilidad y amenazada su seguridad interior por el dicho Gobierno, el cual violó la fe pública, tratados solemnes y los usos internacionales de las Naciones civilizadas, y cometió actos injustificables después de haber perturbado las relaciones con sus vecinos, por proceder lo más abusivos y atentatorios. Persuadidos por la paz, seguridad y bienestar de sus respectivas Naciones, es imposible mientras exista el actual Gobierno del Paraguay, y que es una necesidad imperiosa reclamada por los más grandes intereses, hacer desaparecer ese Gobierno, respetando la soberanía, independencia e integridad territorial de la República del Paraguay:*

*Han resuelto con este objeto celebrar un Tratado de Alianza ofensiva y defensiva, y al efecto han nombrado sus Plenipotenciarios, a saber:*

*Su Excelencia el Presidente de la República Argentina, al Excmo. Sr. Dr. D. Rufino de Elizalde, su Ministro Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores;*

*Su Majestad el Emperador del Brasil, al Excmo. Sr. Dr. F. Octaviano de Almeida Rosa, de su Consejo, Diputado a la Asamblea General Legislativa y Oficial de la Orden Imperial de la Rosa;*

*Su Excelencia el Gobernador Provisorio de la*



República Oriental del Uruguay, al Excmo. Sr. Dr. Carlos de Castro, y su Ministro y Secretario de Estado en el Departamento de Relaciones Exteriores.

Los cuales, después de haber canjeado sus respectivos poderes, que fueron hallados en buena y debida forma, convinieron en lo siguiente:

Artículo 1.º - La República Argentina, Su Majestad el Emperador del Brasil y la República Oriental del Uruguay se unen en alianza ofensiva y defensiva, en la guerra promovida por el Gobierno del Paraguay.

Art.2.º - Los Aliados concurrirán con todos los medios de guerra de que puedan disponer en tierra o en los ríos, según sean necesarios.

Art.3.º - Debiendo empezar las operaciones de la guerra en el territorio de la República Argentina, o en la parte del territorio paraguayo limitrofe con la misma, el mando en jefe y dirección de los Ejércitos Aliados queda confiado al Presidente de la República Argentina, General en Jefe de su Ejército, Brigadier General D. Bartolomé Mitre. Las fuerzas terrestres de la República Oriental del Uruguay, una división de las fuerzas argentinas y otra de las fuerzas brasileras, que designarán sus respectivos Jefes Superiores, formarán un Ejército bajo las inmediatas órdenes del Gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay, Brigadier General D. Venancio Flores.

Las fuerzas marítimas de los Aliados estarán bajo el mando inmediato del Vicealmirante Vizconde de Tamandaré, Comandante en Jefe de la Escuadra de S.M. el Emperador del Brasil.

Las fuerzas terrestres de S.M. el Emperador del Brasil formarán un ejército bajo las inmediatas órdenes de su General en Jefe, Brigadier Manuel Luis Osorio.

A pesar de que las altas partes contratantes están convencidas de que no cambiará el terreno de las operaciones de la guerra, sin embargo, para salvar los derechos soberanos de las tres Naciones, convienen desde ya en el principio de reciprocidad para el mando en Jefe, en el caso de que dichas operaciones hubieran de pasar para el territorio Oriental o Brasileros.

Art.4.º - El orden y economía militar en el interior de las tropas aliadas, dependerán únicamente de sus Jefes.

Los sueldos, víveres, municiones de guerra, armas, vestuario, equipo y medios de movilidad de las tropas

aliadas, serán de cuenta de los Estados respectivos.

Art.5.º - Las altas partes contratantes se prestarán mutuamente todos los auxilios y elementos que tuvieren y que los otros pudieren necesitar; en el modo y forma que acordarán.

Art.6.º - Los Aliados se comprometen solemnemente a no deponer las armas sino de común acuerdo, y hasta que no hayan derrocado la autoridad del actual Gobierno del Paraguay, y a no negociar con el enemigo común separadamente, ni firmar Tratado de Paz, Tregua, Armisticio, ni Convención alguna para poner fin o suspender la guerra, sino de perfecto acuerdo de todos.

Art.7.º - No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su Gobierno, los Aliados podrán admitir en una Legión Paraguaya todos los ciudadanos de esa nacionalidad que quieran concurrir a derrocar

dicho Gobierno, y les prestarán todos los elementos que necesitaren, en la forma y bajo las condiciones que se acordarán.

Art.8.º - Los Aliados se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay. En consecuencia, el pueblo paraguayo podrá escoger su Gobierno y darse las instituciones que quiera, no pudiendo incorporarse ni pedir el protectorado de ninguno de los Aliados,

como consecuencia de esta guerra.

Art.9.º - La independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay serán garantidas colectivamente en conformidad del artículo anterior; por las altas partes contratantes, durante el período de cinco años.

Art.10.- Se conviene entre las altas partes contratantes que las franquicias, privilegios o concesiones que obtenga el Gobierno del Paraguay, han de ser comunes a todos, gratuitamente, si fueren gratuitas, y con la misma compensación o un equivalente si fuesen condicionales.

Art.11.- Derrocado el actual Gobierno de la República del Paraguay, los Aliados procederán a hacer los ajustes necesarios con la autoridad que se constituya, para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay, de modo que los Reglamentos o Leyes de aquella República no puedan estorbar, entorpecer o gravar el tránsito y la navegación directa de los buques mercantes o de guerra de los Estados Aliados que se dirijan para sus respectivos territorios, o para territorio que no pertenezca al Paraguay; y tomarán las garantías

**La experiencia de la guerra fue aprovechada por las naciones participantes para la actualización de sus respectivas doctrinas y organización de sus fuerzas. La improvisación, que fue el accionar común de los aliados al iniciar la guerra y hasta la tremenda derrota en Curupaytí el 22 de septiembre de 1866, fue rectificándose en el período posterior a medida que la experiencia en carne propia se asentaba en todos los niveles de la conducción.**

convenientes para la efectividad de aquellos ajustes, bajo la base de que los Reglamentos de Policía Fluvial, ya sean para aquellos dos ríos, o bien para el Río Uruguay, serán hechos de común acuerdo entre los Aliados y demás ribereños que acordaran los mismos Aliados adhiriesen a la invitación que se les hará.

Art.12.- Los Aliados se reservan concertar entre sí los medios más propios para garantizar la paz con la República del Paraguay, después de derrocado el Gobierno actual.

Art.13.- Los Aliados nombrarán oportunamente los Plenipotenciarios necesarios para celebrar los ajustes, convenciones o tratados, que hayan de hacerse con el Gobierno que se establezca en el Paraguay.

Art.14.- Los Aliados exigirán de ese Gobierno el pago de los gastos de la guerra que se han visto obligados a aceptar, así como reparación e indemnización de los daños y perjuicios causados a sus propiedades públicas y particulares y a las personas de sus ciudadanos, sin expresa declaración de guerra, y de los daños y perjuicios verificados posteriormente, con violación de los principios que rigen el derecho de la guerra. La República Oriental del Uruguay exigirá también indemnización proporcionada a los daños y perjuicios que le cause el Gobierno del Paraguay por la guerra en que le obliga a entrar, para defender su seguridad amenazada por aquel Gobierno.

Art.15.- En una Convención especial se determinará el modo y forma de liquidar y pagar las deudas procedentes de las causas ante dichas.

Art.16.- Para evitar las discusiones y guerras que traen consigo las cuestiones de límites, queda establecido que los aliados exigirán del Gobierno del Paraguay, que celebre con los respectivos Gobiernos tratados definitivos de límites, bajo las bases siguientes: La República Argentina será dividida de la República del Paraguay por los Ríos Paraná y Paraguay hasta encontrar los límites con el Imperio del Brasil, siendo éstos por la margen derecha del Río Paraguay la Bahía Negra. El Imperio del Brasil

se dividirá de la República del Paraguay: del lado del Paraná, por el primer río abajo del Salto de las siete caídas, que según la reciente carta de Mauchez, es el Igurey, y desde la embocadura del Igurey, y por él arriba, hasta encontrar sus nacientes. Del lado de la margen izquierda del Paraguay, por el Río Apa, desde su embocadura hasta sus nacientes. En el interior, por las cumbres de las sierras de Maracuyú, siendo las vertientes del este del Brasil, y las del oeste del Paraguay, y tirándose de la misma sierra líneas las más derechas, en dirección a las nacientes del Apa y del Igurey.

Art.17.- Los Aliados se garanten recíprocamente el fiel cumplimiento de los convenios, ajustes y tratados que deben celebrarse con el Gobierno que se establezca en la República del Paraguay, en virtud de lo convenido por el presente Tratado de Alianza, el cual quedará siempre en toda su fuerza y vigor, a los efectos de que esas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay. Para conseguir este resultado, conviene que, en el caso una de las altas partes contratantes no pudiese obtener del Gobierno del Paraguay el cumplimiento de lo pactado, o que este Gobierno intentase anular las estipulaciones ajustadas con los Aliados, los otros emplearán activamente sus esfuerzos para hacerlas respetar. Si estos esfuerzos fuesen inútiles, los Aliados concurrirán con todos sus medios para hacer efectiva la ejecución de lo pactado.

Art.18.- Este Tratado se conservará secreto hasta que se consiga el fin principal de la Alianza.

Art.19.- Las estipulaciones de este Tratado que no necesiten autorización legislativa para ser rectificadas, empezarán a tener valor desde que fuere aprobado por los Gobiernos respectivos, y las otras, desde el canje de las ratificaciones que tendrá lugar dentro del plazo de cuarenta días, contados desde la fecha del mismo Tratado, o antes si fuere posible, que se hará en la Ciudad de Buenos Aires. En fe de lo cual, los abajo firmados Plenipotenciarios de su Excelencia el Gobernador Provisorio de la República Oriental del Uruguay, de su Excelencia



*el Presidente de la República Argentina y de su Majestad el Emperador del Brasil, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos este Tratado y le hacemos poner nuestros sellos. En la ciudad de Buenos Aires, el primero de Mayo del año de Nuestro Señor, mil ochocientos sesenta y cinco.- Rufino de Elizalde. (L.S.) - F. Octaviano de Almeida Rosa. (L.S.) - Carlos de Castro. (L.S.)*

### **Protocolo del Tratado de la Triple Alianza Contra el Paraguay**

1.º Que en cumplimiento del Tratado de Alianza de esta fecha, se harían demoler las fortificaciones de Humaitá, y en adelante no se permitiría que se levantasen otras de igual naturaleza, que pudiesen impedir la fiel ejecución de las estipulaciones de ese Tratado.

2.º Que siendo una de las medidas necesarias para garantizar la paz con el Gobierno que se establezca en el Paraguay, no dejar armas ni elementos de guerra, las que se encontraren serán divididas por partes iguales entre los Aliados.

3.º Que los trofeos y botín que fueren tomados al enemigo, se dividan entre los Aliados que hayan hecho la captura.

4.º *Que los Jefes Superiores de los Ejércitos Aliados concerten los medios de ejecutar estos acuerdos. Y lo firmaron en Buenos Aires a 1.º de Mayo de 1865. Firmado: Rufino de Elizalde. - F. Octaviano de Almeida Rosa.- Carlos de Castro.*

*Mayo 1.º de 1865.- Aprobado. Firmado: MITRE.- Guillermo Rawson.- Rufino de Elizalde.- Lucas González.- Eduardo Costa.- Juan A. Gelly y Obes.*

Para la República Argentina existía el mandato constitucional de la aprobación por parte del congreso nacional del Tratado. El 26 de mayo de 1865 el gobierno promulgaba con fuerza de ley la aprobación de las dos cámaras legislativas. El congreso lo ratificó en sesión secreta y a libro cerrado, ignorando sus integrantes el texto.

En Brasil bastó con el sello imperial “Secreto” estampado por Pedro II y en el Uruguay no hubo necesidad de ratificación porque el gobierno de Flores era de hecho no de derecho, no existían las cámaras.

## **Análisis estratégico militar del Tratado**

El objetivo estratégico de la guerra estaba bien definido no sólo en el preámbulo del Tratado sino en los artículos 6º, 7º, 11º y 12º: “la guerra es contra el Gobierno del Paraguay”.

Esta fórmula que tiende a deslindar al pueblo del gobierno enemigo ha sido utilizada hasta en nuestros días con la ofensiva de la Coalición a Irak. Se trata de intentar sumar a la población a una cruzada liberadora de su propio gobierno. Históricamente, cuando las tiranías se sostienen por el terror, ese objetivo suele ser exitoso como en la guerra de Irak que citamos. Pero en el caso particular

del Paraguay en 1865, la población estaba íntimamente unida a Francisco Solano López, del mismo modo que antes de 1863 lo estuvieron con su padre Don Carlos Antonio López, antecesor en la presidencia paraguaya.

Juan Bautista Alberdi, el célebre escritor y constitucionalista argentino citado más arriba y crítico acérrimo de la Triple Alianza contra el Paraguay escribió en junio de 1869 cuando aún continuaba el conflicto: “Si la guerra no puede concluir es porque la política la empezó mal. Le dio por objeto la destrucción de una tiranía, y, en lugar de una tiranía tiene que destruir la libertad de una Nación, es decir, su independencia, que es la única libertad que un país no puede recibir, porque es la única que sólo el extranjero puede arrebatarle”.

El artículo 2º del Tratado manda: “los aliados concurrirán con todos los medios de guerra que puedan disponer en tierra o en los ríos, según sean necesarios”.

Este mandato era impreciso y dejaba librada a cada parte la libertad de apoyar las operaciones de acuerdo al criterio particular de cada Nación. El aliado más comprometido por la amenaza enemiga pondría absolutamente todos los recursos a disposición, pero tal vez no hicieran lo mismo el resto de los aliados que tan sólo estaban obligados “según sean las necesidades”.

El artículo 3º determinaba que se conformaría un Ejército con las fuerzas terrestres de la República Oriental del Uruguay, “una División de las fuerzas argentinas y otra de las fuerzas brasileras”

No existía en ese entonces un orden de batalla común que permitiese apreciar el significado de “División”. Así, esta falta de precisión provocó que el Brasil dispusiese inicialmente de tres batallones y la Argentina de una división compuesta solamente por un regimiento de caballería.

El mismo artículo 3º determina también que el mando en jefe quedaba confiado al “Presidente de la República Argentina, General en Jefe de su Ejército, Brigadier General D. Bartolomé Mitre”. Pero este mando era relativo ya que se aclaraba “El principio de reciprocidad para el mando en Jefe en el caso de que las operaciones hubieran de pasar para el territorio Oriental o Brasileros”.

Ese principio del Tratado se contraponen al principio de conducción de la guerra de “Unidad de Comando”, indispensable para el planeamiento y las operaciones ya que, de acuerdo a la soberanía del lugar donde se librasen las operaciones el mando sería rotativo.

Además en este artículo hay otra particularidad: la independencia de la Escuadra del Almirante Tamandaré con respecto al mando en Jefe. Esta singular disposición permitía suponer también una falla al principio de “Unidad de Comando” por razones que no están explícitas en el Tratado.

El artículo 6º determina que tanto la deposición de las armas o la negociación con el enemigo, ni la firma de

tratados de paz, tregua, armisticio ni convención alguna para poner fin o suspender la guerra podía hacerse sin el “perfecto acuerdo de todos”

Esta suerte de mando colegiado sería un obstáculo para imprimir velocidad o sorpresa a las operaciones.

Otro aspecto que en realidad corresponde a la conducción política de la guerra pero que está claramente identificado como un principio de la guerra es el secreto. El Tratado, como hemos visto, tuvo esa clasificación de seguridad, incluso en su tratamiento legislativo. Sin embargo, en pleno conflicto, en mayo de 1866 se hizo público. Fue el canciller inglés Russel que incluyó el Tratado secreto traducido al inglés en una colección de documentos diplomáticos titulados “*Blue Book*”. El escándalo cobró grandes proporciones, sobre todo cuando Alberdi lo retradujo al castellano.

A pesar del estricto control de la prensa en la Argentina, el Tratado fue comentado y criticado ardorosamente por la oposición al Gobierno. En el Paraguay donde lógicamente también se difundió, supieron que “no estaba en juego la libertad o la tiranía, sino la integridad y aun la existencia de su patria”. (Carlos Guido y Spano: “La Alianza es de los gobiernos no de los pueblos”).

Esa publicación hecha por Lord Russel no se la puede juzgar como un desliz casual. Provocó una reacción en cadena favorable al Paraguay en Europa y en toda América. La prensa internacional exigía así la finalización de la guerra, asunto que convenía a Inglaterra.

En Buenos Aires existía entusiasmo por alistarse al ejército no ocurriendo lo mismo en el interior del país a pesar de que los gobernadores eran en general delegados del presidente Mitre. En las provincias argentinas la guerra no gozaba de popularidad y eso constituyó un grave problema para el reclutamiento de tropas. Por ejemplo, el propio hermano del presidente Mitre, encargado del contingente de Córdoba escribía el 12 de julio de 1865 que manda “voluntarios atados codo con codo”.

La finalización de la guerra, prevista a tres meses, duró 5 años, los efectivos aliados al iniciar el conflicto alcanzaron a sumar alrededor de 18.000 brasileños, 15.000 argentinos y 2.000 uruguayos. La escuadra, casi toda del Brasil disponía de cuatro acorazados, una fragata, una corbeta y 18 buques menores, armados con 11 cañones y tripulados por 3.500 hombres.

El Paraguay inició la guerra con 38.173 hombres. No existía armamento para todos y el disponible era en su mayoría a chispa, siendo los cañones anticuados excepto una batería

de tubos rayados recibidos en 1863 y 8 más llegados de Francia en 1864.

La batalla de Tuyutí del 24 de mayo de 1866 fue la más importante por los efectivos que se enfrentaron en ella y la más grande en la historia sudamericana: 24.000 paraguayos atacaron a 32.000 aliados y las bajas de los primeros sumaron alrededor de 6.000 hombres y 4.000 por parte de los segundos.

La demora en la búsqueda de consensos para el planeamiento aliado, la aguerrida defensa y ofensiva paraguaya, el difícil territorio caracterizado por esteros pantanosos que dificultaban los movimientos, las tropas bizoñas reclutadas por la fuerza en una importante proporción, las epidemias y las dificultades logísticas fueron las causas más importantes de la extensión temporal del conflicto.

Tanto en el ejército aliado como en el paraguay se registraron innumerables acciones de heroísmo. La mayoría de los jefes de batallones argentinos murieron en combate al frente de sus tropas.

La experiencia de la guerra fue aprovechada por las naciones participantes para la actualización de sus respectivas doctrinas y organización de sus fuerzas. La improvisación, que fue el accionar común de los aliados al iniciar la guerra y hasta la tremenda derrota en Curupaytí el 22 de septiembre de 1866, fue rectificándose en el período posterior a medida que la experiencia en carne propia se asentaba en todos los niveles de la conducción.

A pesar de los inconvenientes apuntados, se puede afirmar que esa primer coalición internacional americana logró un alto grado de integración y consistencia que se hacía evidente a medida que las tropas ganaban en veteranía y los comandos aliados fortalecían y agilizaban el planeamiento y accionar combinado. **MR**

## BIBLIOGRAFIA

- Argentina:**
- BEVERINA, Juan “La Guerra del Paraguay” 7 tomos, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, 1947.
  - ROSA, José María “Historia Argentina” Tomo VII, Oriente, Buenos Aires, 1973.
- Paraguay:**
- THOMPSON, Jorge (Teniente Coronel del Ejército Paraguayo) “La Guerra del Paraguay” Buenos Aires, 1869.
  - O’LEARY, Juan “Nuestra epopeya”, Asunción del Paraguay, 1919.
- Uruguay:**
- PALLEJA, León “Diario de batalla”, 8 Tomos, Montevideo, 1865-66.
  - DIAZ, Antonio “Historia política y militar de las Repúblicas del Plata, desde el año de 1828 hasta el de 1866” Tomos XI y XII, Montevideo, 1878.
- Brasil:**
- SCHNEIDER, L. “A guerra da Triplíce Alliança” 2 Tomos, Río de Janeiro, 1875.
  - “Historia da Guerra do Brasil contra as Republicas do Uruguay e do Paraguay” Sin autor. Cuatro Tomos, Río de Janeiro, 1870.

*El Teniente Coronel (R) Claudio Morales Gorleri es Oficial de Estado Mayor del Ejército Argentino y Doctor en Historia egresado de la Universidad del Salvador. Fue Secretario Académico de la Escuela Superior de Guerra donde hoy tiene la responsabilidad de planificación de carreras de grado y posgrado universitarias, es Coordinador Académico de la Maestría en Historia de la Guerra y profesor de Historia Militar. Es director del programa “Islas Malvinas” en la Facultad de Derecho de la Universidad Austral. Es autor de “El Rey de la Patagonia” (Planeta 1999), ensayos, cuentos y poesías. Acaba de finalizar la novela histórica “El cóndor anidó en Moscú” en proceso editorial y la biografía del Teniente General Luis María Campos. También es autor del artículo “De Fukuyama a Kennedy”, publicado en Military Review en 1997.*